

Emile Dubois: el primer asesino serial chileno y su ficcionalización en las novelas de Abraham Hirmas, Carlos Droguett y Patricio Manns

Emile Dubois: the first chilean serial killer, and her fictionalized in the novels written by Abraham Hirmas, Carlos Droguett and Patricio Manns

Pablo Fuentes Retamal¹

Resumen

En este artículo se propone que Emile Dubois, el primer asesino serial chileno, es novelado junto con sus crímenes en los relatos: Emile Dubois, un genio del crimen de Abraham Hirmas, Todas esas muertes de Carlos Droguett, y La vida privada de Emile Dubois de Patricio Manns mediante la monstruosidad entendida como recurso estético-ficcional.

Palabras Clave

Emile Dubois, ficcionalización, monstruosidad, Abraham Hirmas, Carlos Droguett, Patricio Manns, Valparaíso.

Abstract

This article proposes that Emile Dubois, the first chilean serial killer, is fictionalized along with his crimes in the stories “Emile Dubois, un genio del crimen” by Abraham Hirmas, “Todas esas muertes” by Carlos Droguett, and “La vida privada de Emile Dubois” by Patricio Manns means of the monstrosity understood as an aesthetic-fiction resource.

Keywords

Emile Dubois, novelization, monstrosity, Abraham Hirmas, Carlos Droguett, Patricio Manns, Valparaíso.

¹ Chileno, magister en Literatura Latinoamericana y Chilena. Actualmente cursa estudios de Doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Concepción. Email: p.fuentes.retamal@gmail.com

Emile Dubois: de asesino serial a sujeto novelesco

Louis Amadeo Brihier Lacroix (1867-1907), más conocido por su pseudónimo Emile Dubois, fue un ciudadano francés que tras abandonar la casa de sus padres recorre Londres, Barcelona, y gran parte de Sudamérica antes de radicarse en Valparaíso. En esta ciudad construye su hogar junto a su esposa Úrsula Morales y a su pequeño hijo Luis Emilio.

Transcurridos dos años de su asentamiento en Chile, Emile Dubois inicia su oleada criminal quitándole la vida a su compatriota Ernesto Lafontaine. Este fue el único crimen que galo cometió en la capital, pues desde entonces todas de sus fechorías las perpetró en Valparaíso.

El 4 de septiembre de 1905 Dubois asesina al comerciante alemán Reinaldo Tillmanns. Un mes más tarde no sólo le quita la vida a Gustavo Titius sino que además le cercena ambas manos. Al año siguiente acaba con la vida del comerciante francés Isidoro Challe mediante seis puñaladas en el vientre. Finalmente, el 25 de junio de 1906, repite sin éxito su actuar con el dentista estadounidense Charles Davies, quien se repone del ataque y alerta a la policía. Algunas fuentes sostienen que Emile Dubois habría cometido otros homicidios² en aquellos países que visitó antes de arribar a Chile, sin embargo bastaron los crímenes perpetrados en territorio nacional para que la justicia³ lo condenara a la pena capital.

La trascendencia y vigencia de Emile Dubois en el imaginario popular no se explica únicamente por la brutalidad y violencia de sus crímenes, sino que además es necesario considerar los antecedentes biográficos de sus víctimas: todas de orígenes foráneos y pertenecientes a los sectores más adinerados de la sociedad.

Dado ese antecedente, la figura de Emile Dubois no suscita abominación ni desprecio en los sectores populares porteños, sino que por el contrario se lo considera “un Robin Hood del proletariado” (Fuchslocher, 2004: 25) pues arremetió contra:

Usureros que llegaron desde Europa a instalar sus negocios en Valparaíso. Él consideraba sus crímenes como actos de justicia. Decía que los que mató eran estafadores de los chilenos, extranjeros que se aprovechaban de los trabajadores, que los mantenían en pésimas condiciones (Fuchslocher, 25).

² Según lo expuesto por el diario *El Mercurio de Valparaíso* en una crónica publicada el sábado 16 de junio de 1906, se acusa a Emile Dubois de un asesinato alevoso en Oruro y un homicidio perpetrado en el sur de Bolivia. En ambos casos nunca se consiguió demostrar su autoría.

³ Don Santiago Santa Cruz Artigas fue el juez que estuvo a cargo el proceso judicial de Dubois. Se lo designó desde la capital con exclusividad absoluta al caso.

La afirmación anterior encuentra respaldo en las proclamas ácratas de la época que se inclinaban en favor de la inocencia y libertad de Dubois. Tales sectores sugerían que el imputado debía ser absuelto, pues “había atacado a comerciantes explotadores que se enriquecían con el trabajo del pueblo” (Hurtado, 2009). No obstante la vindicación popular, el presidente Pedro Montt⁴ denegó su indulto ratificando la sentencia de muerte⁵.

De acuerdo a lo expuesto por Oreste Plath en *L'animita hagiografía folclórica* (1993) tras la ejecución de Dubois su fama se acrecienta hasta alcanzar un sitial privilegiado en el imaginario popular porteño. Un claro reflejo de aquella devoción es su tumba, la que se ha convertido en un espacio de recogimiento y devoción vigente hasta nuestros días⁶:

Siempre hay flores, no faltan vírgenes y expresiones de gratitud en placas que provienen de todo el territorio nacional, de países vecinos y distantes como Estados Unidos de Norte América (Nueva York). Las visitas rezan con mucha unción, en silencio; conversan como consigo mismas; otras lloran, dejan sus “mandas” y se retiran [...] su ánima es venerada y se le agradecen sus milagros. El pueblo no lo olvida; desde el año 1907 lo tiene en su memoria (118).

Si consideramos que la figura de Emile Dubois constituye parte significativa del imaginario popular de la gente del puerto, no debiese suscitarnos mayor extrañeza que diversas manifestaciones artísticas la hayan considerado en sus respectivas creaciones. Así lo ha hecho como lo ha hecho la música⁷, la lira popular⁸, el teatro⁹, investigaciones biográficas¹⁰, y la literatura. Entre aquellas manifestaciones culturales destacan las novelas que han propuesto al serial asesino en roles protagónicos, sienta este el caso de *Emile*

⁴ Una vez conocida la negativa del presidente Pedro Montt el abogado defensor, don Agustín Bravo Cisternas, organizó comicios populares en la plaza de Armas de Valparaíso para consultar a los porteños respecto de la eventual culpabilidad o inocencia de su representado. Al preguntarle al propio Dubois qué opinaba de tal referéndum popular respondió: “*Vox populi, vox dei*” (la voz del pueblo es la voz de Dios).

⁵ Emile Dubois enfrentó el pelotón de fusilamiento la madrugada del martes 26 de marzo de 1907.

⁶ Actualmente aquel lugar de adhesión popular no sería más que una animita, pues los restos mortales de Emile Dubois fueron trasladados hasta una fosa común a los pocos años de su fusilamiento. No obstante, sus devotos continúan visitando el lugar abigarrándolo de flores, velas y placas de agradecimiento. Tal hecho motivó a la administración del cementerio de Playa Ancha a otorgar una ubicación definitiva a la animita de Dubois en la muralla del cementerio que colinda con calle Pacífico.

⁷ Existe una pieza musical titulada *Vals de Emile Dubois* interpretada por Liliana Opazo. Dicha composición se encuentra en un disco compacto titulado *La música de las animitas* (2011).

⁸ Daniel Meneses publica en 1920 una lira titulada *Triste fusilamiento de Emilio Dubois en Valparaíso*.

⁹ Oreste Plath ha rastreado la existencia de una obra teatral, cuya autoría se desconoce, basada en la vida de Emile Dubois. Dicho drama se compone de seis actos cada uno de los cuales se titulan: 1. El crimen de Fontaine; 2. La remolienda; 3. En Valparaíso, la policía burlada; 4. La captura de Dubois; 5. El matrimonio en la cárcel; 6. El fusilamiento.

¹⁰ Tras el fusilamiento de Emile Dubois el investigador Inocencio del Campo publica su texto biográfico *Emile Dubois. Relación verídica de sus crímenes y aventuras* (1907); más tarde hacen lo propio E. Tagle y C. Morales en su trabajo *La verdadera historia de Dubois: las memorias del célebre criminal: su vida en Francia, Inglaterra, Venezuela, Perú, Bolivia y Chile: sus compañeras Úrsula y Elcira* (1912).

Dubois, un genio del crimen (1967) de Abraham Hirmas, *Todas esas muertes* (1971) de Carlos Droguett, y *La vida privada de Emile Dubois* (2004) de Patricio Manns.

Si bien estos relatos constituyen por sí mismos un excelente corpus de trabajo, la mirada de la crítica literaria ha pasado inadvertidamente por sobre ellos. Por ejemplo, la novela de Abraham Hirmas ha sido abordada únicamente por las reseñas de Hugo Rolando Cortés que destacan el exhaustivo trabajo biográfico al momento de ficcionalizar a Emile Dubois.

En lo que respecta a la novela de Carlos Droguett el trabajo crítico es más favorable, pues se han propuesto varias lecturas entre las que sobresalen: *Narrador y personaje en la obra de Carlos Droguett* (1983) de Fernando Moreno que acusa a la subjetividad de la narración droguettiana de dificultar, por momentos, la distinción entre la voz del narrador y la de los personajes (157). A su vez Teobaldo Noriega en *Carlos Droguett: una aventura comprometida con el hombre* (1983) nos muestra que la retrospectiva es el procedimiento narrativo más recurrente en la novela (17). Finalmente, la investigadora Alain Sicard en *Carlos Droguett: pasión por la escritura* (1983) plantea que el relato se construye al modo de una novela policiaca que teje variaciones en torno al argumento narrativo (168).

Del mismo modo la novela de Patricio Manns se ha visto perjudicada por la escasez de trabajos críticos, pues únicamente podemos señalar la reseña de Hugo Bello Maldonado que destaca la verosimilitud con que se construye el espacio narrativo en el relato mediante la representación de Valparaíso como “un gran anfiteatro en el que [...] Emile Dubois es su principal actor” (2005: 304).

La situación se hace más compleja al precisar reflexiones críticas que propongan puntos de contacto entre las novelas de Hirmas, Droguett y Manns. Dada tal carencia de estudios críticos nos hemos propuesto indagar acerca de los procedimientos estético-ficcionales empleados por sus respectivos narradores en la novelación de Emile Dubois y sus crímenes. No obstante existe una distancia temporal considerable en la publicación de tales relatos, estimamos que sus narradores coinciden al emplear la monstruosidad como recurso estético ficcional en la novelación del asesino serial porteño.

Consideramos que nuestra propuesta de trabajo es doblemente provechosa, pues no sólo propone una perspectiva inédita de reflexión, sino que además traza parámetros de reflexión que perfectamente podrían extenderse a todas aquellas manifestaciones culturales que han considerado a Emile Dubois en sus creaciones artísticas.

La monstruosidad como recurso estético-ficcional en las novelas de Abraham Hirmas, Carlos Droguett y Patricio Manns

El término “monstruo” es una entidad compleja cuyo significado sufre una serie de desplazamientos semánticos que van desde el ámbito somático hasta la concomitancia con la criminalidad. Michael Foucault precisa su origen en la época medieval donde se lo empleaba para designar a aquellos individuos que mostraban una corporalidad mixta en la que se entrecruza el reino humano y animal:

El monstruo es esencialmente la mezcla de dos reinos, el animal y el reino humano: el hombre con cabeza de buey, el hombre con patas de pájaro [...] es la mixtura de dos especies. El cerdo que tiene cabeza de carnero. Es la mixtura de dos individuos [...] es la transgresión [...] de los límites naturales (2000: 68).

De esta manera, El monstruo lleva inscrita en su cuerpo la controversia, pues en ella se borronen y trasgreden los límites que la naturaleza ha trazado para el hombre.

Si rastreamos la acepción primigenia de monstruo en la novela de Abraham Hirmas hallamos variados pasajes en los que se señala la corporalidad mixta de su protagonista. Tal hecho se palpa en la descripción que se propone del cuello de Emile Dubois: “el mayordomo lo recibe [...] entre sus obreros no hay ninguno más fornido que él [...] su cuello de toro, pese a su baja estatura, es un indicio que podrá soportar las tareas más pesadas” (17). Posteriormente, en los momentos previos a la ejecución, el narrador describe la cabeza de Dubois dando lugar a la mixtura entre lo humano y animal:

Respira las últimas bocanadas de aire fresco, goza por última vez que todavía le lata su corazón [...] se sienta en el banquillo, echa para atrás la desafiante cabeza de león, coloca las manos sobre sus piernas y le pide al oficial [...] –No me vende la vista (155).

Es importante mencionar que el narrador de *Emile Dubois, un genio del crimen* destaca en repetidas ocasiones las similitudes de su protagonista con algunas bestias. Para mencionar algunos episodios que ejemplifiquen tal analogía señalamos aquellos en que se compara a Dubois con una hiena, un chacal y un lobo:

Será una hiena enloquecida que no pensará más que en el placer y el crimen, en el amor a la daga (12).

Da un salto y le descarga al rival un feroz garrotazo [...] ha nacido la hiena (16).

Diríase que cabalga un chacal, con las fauces sedientas, deleitándose de antemano con las descabelladas ideas que ruedan vertiginosamente en su cabeza (36).

En Valparaíso hay un lobo suelto [...] a quien le apasiona abrir vientres y partir el corazón con un puñal (103).

Si nos trasladamos a *La vida privada de Emile Dubois* para indagar respecto de los procedimientos estéticos empleados por su narrador encontraremos ciertas similitudes con lo propuesto cuatro décadas antes por la novela de Hirmas. Tales semejanzas entre una y otra narración se aprecian al considerar que la novela de Patricio Manns adjudica un pene de proporciones superlativas al protagonista del relato:

-¡Ay, diosito! –Gimió ella, con la lengua pegada al piso-. ¡Me está matando, caballero! [...] le humedeció las entrañas con su manguera de quince pulgadas (92).

Y más encima llora por que le hago un espléndido servicio a domicilio con estas quince pulgadas inglesas, fuera de garganta y cabeza (93).

Abrió su bragueta y ella vio su verga entrando en erección. Tenía la longitud de un antebrazo de mujer, entre veinte y veinticinco centímetros (137).

[Dubois] comenzó a desvestirse. Pronto elevó su figura desnuda en mitad del cuarto. Cuando el chico vio las proporciones de su aparejo corrió a apretar el culo contra la pared de la celda (183).

La virilidad exagerada de Emile Dubois evidencia que tras su corporalidad subyace la monstruosidad, pues las descomunales proporciones de su miembro viril trasgreden los límites que la naturaleza ha dibujado para el hombre.

A su vez en la novela de Carlos Droguett se presentan referencias sobrias y escuetas de la corporalidad de su protagonista, sin embargo es posible pesquisar ciertas descripciones en las que se aprecian indicios de monstruosidad. Por ejemplo, las manos hipertrofiadas y la descomunal fuerza de Dubois nos lo demuestran: “el criminal debe tener una fuerza extraordinaria, pues la presión de los dedos de una sola mano, causó necesariamente la muerte” (105). Más tarde el narrador de *Todas esas muertes* le concede la palabra a su protagonista para que señale: “mi fuerza tritura hombres” (173).

Considerando lo que hemos expuesto, podemos apuntar que los narradores de las novelas de Abraham Hirmas, Patricio Manns, y Carlos Droguett coinciden al ficcionalizar a sus respectivos protagonistas mediante corporalidades monstruosas que se borrarían y trasgreden los límites impuestos por las leyes naturales.

Según Michael Foucault el monstruo entendido desde una dimensión somática adquiere sentido desde la época medieval hasta el siglo XVIII. Más tarde, en el período moderno moderna, tal sentido primero es desplazado por una mirada que concommita con la criminalidad:

La vieja categoría de monstruo, del dominio de la conmoción somática y natural [se traslada] al dominio de la criminalidad lisa y llana. A partir de ese momento, vemos surgir una especie de ámbito específico, que será el de la criminalidad monstruosa o la monstruosidad, con su punto de efecto no en la naturaleza y el desorden de las especies, sino en el comportamiento mismo (2000: 81).

Esta nueva semantización de la monstruosidad da origen a un binomio indisoluble: el “monstruo-criminal”. De esta forma es correcto sostener junto con María Cecilia Colombani en *Foucault y lo político* (2009) que “durante los siglos 17 y 18 el monstruo puede encerrar en sí un criminal; más tarde [...] el criminal encierra en sí mismo un

monstruo” (85). Por ende, y a partir de entonces, la criminalidad se constituye en una relación *sine qua non* de la monstruosidad.

Este nuevo monstruo bifaz capaz de conjugar la criminalidad y la monstruosidad irrumpe en el entramado social de dos maneras distintas: “desde arriba mediante el abuso de poder como es el caso del príncipe, el señor, el mal sacerdote; o bien, desde abajo como en el caso del bandolero, el hombre de los bosques, el bruto con instinto ilimitado” (Foucault, 102). Nuestro Emile Dubois se vale de esta segunda forma de irrupción para poner en entredicho a la red social, pues en sus actos de vida siempre deviene la muerte y la bestialidad.

Para ejemplificar lo anterior podemos mencionamos aquellos pasajes de *Emile Dubois, un genio del crimen* en que su protagonista siente regocijo tras descuartizar a Luis Neira¹¹, su amigo y compañero de faenas mineras: “en la cama amontona brazos, piernas y cabezas [...] Dubois se siente remozado, más vibrante, como si se hubiera banquetado al terminar de dividir el cuerpo” (43). Del mismo modo, es prudente destacar la predilección del Emile Dubois de la novela de Hirmas por liquidar a sus víctimas durante la agonía: “empuñó de nuevo el laque y lo deja caer otra vez en la cabeza. Lafontaine da un quejido y su cuerpo se desploma sobre la alfombra [...] por si acaso... con la daga le abre el corazón” (54).

A su vez en *Todas esas muertes* la violencia y brutalidad se traducen en sadismo cuando Emile Dubois confiesa: “me gusta sentir esa fuerza [...] esa capacidad de hacer sufrir” (179). Aquel toque sádico se concretiza en una “Estética del Homicidio” que sugiere un proceder exclusivo para cada víctima:

Nada de hermoso tiene el matar a un ser humano inteligente y noble de la misma manera que a un buey estúpido e inanimado. A cada señor hay que rendirle el honor que es debido, hay que dar a cada ser la oportunidad de contemplar de frente su propia suerte, de pesarla, de medirla y afrontarla como un rey de la creación. Y los reyes deben morir con los ojos abiertos, con entera conciencia de su próximo y fatal aniquilamiento. [...]
No olvidaría esas enseñanzas y, si el destino se lo permite él trataría de ser un artista por la muerte de otros (12).

En *La vida privada de Emile Dubois* su protagonista no sólo irrumpe en el entramado social mediante la violencia y la brutalidad, sino que además les añade la burla y la ridiculización:

Mataron a un anciano [...] le apretaron la garganta y luego lo desnucaron usando una ventana como guillotina tal vez por burla, dejaron al muerto mirando hacia Valparaíso. Cuando abrimos la puerta y alzamos la ventana, el cadáver cayó al suelo y echó algo por la boca (51).

¹¹ La novela de Abraham Hirmas es la única que ficcionaliza aquellos asesinatos que Emile Dubois habría cometido fuera de Chile. Por su parte los relatos de Carlos Droguett y Patricio Manns se limitan a novelar crímenes en territorio nacional.

En los fragmentos citados se aprecia que en la ficcionalización de Emile Dubois los narradores de la triada novelesca estudiada recurren a la monstruosidad al poner en entredicho los códigos biológico y civil, para que así nuestro personaje deje sentir sus efectos tanto “en la naturaleza [...] como en el comportamiento mismo” (Foucault, 81).

Siguiendo los planteamientos de Michael Foucault en *Los Anormales* podemos consignar que en la época moderna la distancia entre el monstruo y la criminalidad tiende a borronearse y a hacerse difusa. Tal situación se distingue en *Emile Dubois, un genio del crimen* cuando el narrador comenta de su protagonista: “ya no le interesa matar para robar pues se ha despertado [...] la fiebre por la sangre humana, el deseo incontenible de revolcar la daga en el cuerpo” (93). En *Todas esas muertes* tal perspectiva se aprecia cuando su protagonista sugiere: “la muerte me anda rondando para que asesine a la gente, me empuja a hacerlo, me ruega, me llora, me pone tentaciones, me ofrece bocas probables” (63). Por su parte en *La vida privada de Emile Dubois* el asesino serial se considera a sí mismo: “un intérprete y un servidor de la muerte” (136).

Si pretendemos hallar respuestas a las transgresiones perpetradas por el monstruo es necesario remitirnos a sus progenitores (Foucault, 69). Esta perspectiva de indagación, marcada por un fuerte componente determinista, permite consignar junto con Jorge Gilbert que “las acciones humanas están sometidas, como todo en la naturaleza, a la necesidad de las leyes causales” (2005, 58). Por esta razón, el trío novelesco estudiado concuerda al precisar nefastas referencias para los progenitores de Emile Dubois. Por ejemplo en *Emile Dubois, un genio del crimen* se menciona que la irritabilidad de nuestro personaje encuentra antecedentes en el carácter iracundo de su madre, y en el ambiente adverso en que transcurrió su infancia:

Mientras (la madre) sirve a los borrachos, el niño juega y escucha detrás del mesón [...] a los parroquiano, que al atardecer se embriagan y la insultan. María Rosa se enfurece con ellos y muchas veces les arroja botellas en la cabeza. Tal vez (el pequeño Dubois) heredó de ella, o del medio en que empieza a crecer, su endemoniado carácter (12).

A su vez el narrador de *Todas esas muertes* sostiene que el impulso homicida de su protagonista encuentra precedentes en el uxoricidio cometido por su padre: “escribía historias de asesinatos, pero después dijeron que había matado a mamá con sus tijeras de sastrero” (338). Tal aspecto es coincidente con lo propuesto en *La vida privada de Emile Dubois* donde el padre del protagonista también le arrebató la vida a su mujer: “dicen que mató a mi madre con sus tijeras, pero antes le cosió los labios para que no rezara durante su agonía” (55).

Las tres novelas estudiadas coinciden al proponer que la herencia es un antecedente importante al pretender respuestas a la monstruosidad de Dubois, pues nos permite justificar el temperamento irascible de nuestro personaje y su predilección por la muerte.

A las irrupciones al código biológico y civil se añaden las transgresiones al derecho moral y religioso, pues siguiendo a Michael Foucault sólo hallamos monstruosidad donde “el desorden de la ley natural [...] trastorna e inquieta el derecho, ya sea civil, el canónico o el religioso” (69).

Obviamente tal arista de la monstruosidad no es puesta en el olvido por los narradores de nuestras novelas, sino que por el contrario constituye un elemento significativo en la ficcionalización del asesino serial porteño. Tal irrupción en el campo moral es asumida por el narrador de *Emile Dubois, un genio del crimen* en los episodios en que se muestra a su protagonista emulando la señal de la cruz con el cadáver lacerado de sus víctimas:

Como a las dos semanas del incidente, el mayordomo es hallado muerto en la cancha de metales, con los brazos en cruz, el rostro al cielo y un hoyo profundo en el corazón (18).

Acomoda a Titius para dejarlo con los brazos en cruz. ¿Es acaso una superstición? ¿O es que, luego de despachar a su cliente al otro mundo, le estremece el espanto de su obra, y para aplacar la ira de Dios, deja al infortunado con los brazos haciendo la señal de la cruz? (86).

La emulación de la cruz es una clara transgresión al código moral, ya que Dubois codifica sobre el cadáver de sus víctimas un mensaje para Dios. De igual manera esta relación polémica con el ámbito divino se deja sentir en *Todas esas muertes*, pues su protagonista -al modo del ángel caído- se compara y figura en superioridad a la divinidad:

Oh Dios, yo también soy un creador, hago cosas, comienzo a hacer cosas evidentes, cada día más evidentes, oh Dios, tú haces a las mujeres, pero sólo yo las hago viudas, sólo yo, y nadie lo sabe todavía en esta mañana ni en esta noche, sólo yo lo sé (111).

No seré brusco, no seré jamás brusco, no por Dios, por mi sangre que no lo seré, no podría serlo [...] nosotros los franceses inventamos el amor, Dios sólo inventó los celos (151).

En *La vida privada de Emile Dubois* su protagonista pone en entredicho el código moral mediante su predilección por la sodomía. Recordemos que para la tradición bíblica la sodomía constituye “el pecado contra natura por excelencia¹²” (Flandrin, 1987: 82); pues tal como sostiene Pablo Ben siguiendo a Alan Bray, esta práctica se hace vaga e imprecisa al borrar los límites entre “el comportamiento heterosexual y homosexual” (1997, 4). Tal ambivalencia se deja sentir en *La vida privada de Emile Dubois* cuando su personaje se complace sodomizando a hombres y mujeres:

¹² En Levíticos capítulo 18 versículo 22 se condena severamente la práctica sodomítica: “No tendrás relaciones con un hombre como se hace con una mujer: esto es una cosa abominable” (1989: 142). Más tarde en el mismo libro en el capítulo 20 versículo 13 se refuerza tal prohibición mediante la siguiente sentencia: El hombre que se acueste con varón, como se acuesta con una mujer, ambos han cometido una infamia, los dos morirán y su sangre caerá sobre ellos” (143). Tales prohibiciones han sido defendidas históricamente por la Iglesia Católica, ya que tras el Concilio de Trento (1545-1563) se ordena condenar y castigar cualquier tipo de placer que se genere por fuera de la función reproductora del matrimonio heteronormado.

Luego él la empujó hasta que la frente tocó el piso, y le incrustó el miembro en el culo, empujando con severidad, como si quisiera perforarla hasta el diafragma (92).

Contigo me lo paso más boca abajo que boca arriba -le decía (Gioconda) aludiendo a la inclinación del francés por sodomizarla-. Hay días que no puedo ni sentarme (99).

-Hay formas de hacerlo sin dolor –dijo Dubois a media voz [...] -Está bien –dijo luego de un tiempo Hermógenes pues comprendió que no podría ganar-. Pero antes pásame la botella y los morlacos (183).

El acto sodomítico conlleva una transgresión al código moral, pues sugiere la confusión y el desorden de una sexualidad que habría de ser indivisa. De este modo, la predilección sodomítica de Dubois es otro de los procedimientos estético-ficcional con los que su narrador consigue se irrumpa en el entramado social.

Consignando todo lo que hemos expuesto, nos encontramos en condiciones de sostener que los narradores de las novelas de Abraham Hirmas, Carlos Droguett y Patricio Manns coinciden al ficcionalizar a Emile Dubois mediante la monstruosidad. Tal hecho ha quedado en evidencia mediante el recorrido que hemos trazado desde las transgresiones al código biológico, pasando por las irrupciones en el ámbito civil, moral, y religioso, hasta desembocar en la criminalidad.

Si bien la monstruosidad es un recurso determinante en la novelación de Emile Dubois estimamos que este procedimiento narrativo es servil al poder, pues coopera más en la criminalización del francés que en su vindicación. Tal condescendencia se posibilita por el desinterés de los narradores en establecer un debate que cuestione las causas del crimen y los factores ideológicos que se esconden tras la penalización de aquellos sujetos que desestabilizan la red social.

Lamentablemente nuestra triada novelesca privilegia los crímenes de Dubois por sobre otras aristas de su compleja identidad, desestimando aquellas proclamas populares que vieron en el galo un sujeto consciente que en ejercicio de su libertad prefirió significar desde la rebeldía y la desobediencia al poder.

Por consiguiente, consideramos que esta reflexión constituye sólo un paso inicial pues es necesario posar la mirada sobre aquellas creaciones artísticas populares que también se hicieron cargo de Dubois, es decir líricas populares de Daniel Meneses, las obras teatrales montadas por aficionados a las tablas, las canciones que incorporan en sus melodías al asesino francés, etcétera. Tal vez un corpus bibliográfico tan distinto al que hemos presentado debe otros aspectos de Emile Dubois, por lo que es imprescindible rescatar y estudiar aquellas manifestaciones artísticas con la detención que se merecen

Bibliografía

Bello Maldonado, Hugo. (2005). La vida privada de Emile Dubois. *Anales de la literatura chilena* 6: 303-306.

Ben, Pablo. (1997). Las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo y el origen histórico de la homosexualidad. Revista *Razón y Revolución* 3: 1-17.

Colombani, María Cecilia. (2004). *Foucault y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.

Cortés, Hugo Rolando. Emile Dubois, un genio del crimen. *El Mercurio* (domingo 25 de mayo de 1974): 2.

---. Emile Dubois, un genio del crimen. *El Mercurio de Valparaíso*, (viernes 20 de enero de 1995): 39.

Droguett, Carlos. (1971). *Todas esas muertes*. Santiago: Alfaguara.

Flandrin, Jean-Luis. (1987). La vida sexual matrimonial en la sociedad antigua: de la doctrina de la Iglesia a la realidad de los comportamientos. *Sexualidades occidentales*: 153-177.

Foucault, Michael. (2000). *Los anormales*. México: Fondo de cultura económica.

Fuchslocher, Abel. (2004). Historia oculta de Emile Dubois: Revolucionario, asesino y santo. *La Cuarta*. Disponible en <http://www.lacuarta.com/diario/2004/04/25/25.04.4a.CRO.EMIL.html> > 28 de julio de 2013.

Gilbert Galassi, Jorge. (2005). *La conexión Libertad-Determinismo. Una reconstrucción filosófica de las ciencias sociales*. Santiago: RIL editores.

Hirmas, Abraham. (1967). *Emile Dubois, un genio del crimen*. Santiago: Zig-zag.

Hurtado, Julio. (2009). Anarquistas recalcan en el puerto. *El Mercurio de Valparaíso*. Disponible en http://www.mercuriovalpo.cl/prontus4_noticias/site/artic/20090531/pags/20090531000406.html > 28 de julio de 2013.

Manns, Patricio. (2004). *La vida privada de Emile Dubois*. Santiago: Alfaguara.

Moreno, Fernando. (1983). Narrador y personaje en la obra de Carlos Droguett. *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*: 153-167.

Pablo Fuentes R., Emile Dubois: el primer asesino serial chileno y su ficcionalización en las novelas de Abraham Hirmas, Carlos Droguett y Patricio Manns / Emile Dubois: the first chilean serial killer, and her fictionalized in the novels written by Abraham Hirmas, Carlos Droguett and Patricio Manns, , Revista www.izquierdas.cl, ISSN 01718-5049, número 17, diciembre 2013, pp. 134 - 145

Noriega, Teobaldo. (1983). Carlos Droguett: una aventura literaria comprometida con el hombre. *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*: 9-25.

Plath, Oreste. (2012). *L' animita, hagiografía folclórica*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Sicard, Alain. (1983). Carlos Droguett: la pasión por la escritura. *Coloquio internacional sobre la obra de Carlos Droguett*: 163-179.

(1989). *La Biblia Latinoamericana*. Quito: Verbo Divino.

Recibido 24 septiembre 2012

Aceptado: 4 agosto 2013